



VII

Todo pasó como un sueño ante mis ojos, lo mismo el viaje á San Petersburgo, después de permanecer una semana en Moscou, que las visitas que hicimos á sus parientes y á los míos, la instalación de una nueva casa, el viaje, el cambio de vida y el conocimiento de nuevas caras. Era todo ello tan variado, tan nuevo, tan alegre y lo animaba tanto para mí su amor y su presencia, que la vida tranquila del campo se me presentó en aquellos momen-

tos á mis ojos como una cosa que se veía allá á lo lejos en lontananza; como una especie de vacío. Con gran asombro de mi parte observé que, en vez de aquel orgullo mundano, de aquella frialdad que, sin conocerlos, me inspiraban temores al tratarse de ciertas personas, todas éstas me recibieron con una afabilidad tan llena de naturalidad (y no fueron los parientes sólo, sino hasta los desconocidos) que se me figuraba que no pensaban más que en mí y que todos me habían esperado encontrando placer en ello. Al mismo tiempo, y contra lo que esperaba, en algunos círculos sociales, y hasta entre aquellos que tenía por más distinguidos, descubrí que mi marido estaba muy bien relacionado y tenía amistades de las que jamás me había hablado, y con mucha frecuencia me parecía extraño y hasta desagradable oírle formar juicios y emitir opiniones muy severas acerca de algunas personas á las que yo creía muy buenas. No acertaba á explicarme por qué las trataba con tanta severidad y desvío, ni por qué procura-

ba evitar relaciones que á mí me parecían muy halagüeñas para nosotros. Creía que cuantas más personas decentes se conocía era mejor, y para mí todas lo eran.

—Veamos antes cómo vamos á arreglar algunas cosas,—me dijo un día poco antes de abandonar nuestros campos,—aquí somos unos Cresos en pequeño y allá abajo estaremos muy distantes de ser ricos, así es, que os conviene permanecer en la capital aunque no sea más que hasta las Pascuas y no frecuentar mucho la sociedad, porque de no hacerlo así, nos veríamos en algún apuro, y yo no habría querido para tí...

—¿Y para qué frecuentar las reuniones?—le respondí.—Basta con que vayamos á los teatros, á visitar á nuestros parientes, á oír óperas y buena música, y de ese modo antes de Pascua podremos estar de regreso.

Apenas llegamos á San Petersburgo, cuando todos esos buenos propósitos quedaron relegados al olvido al verme lanzada de pronto en un mundo completamente nuevo, tan ven-

turoso, al disfrutar de tantos placeres como me rodeaban, así como al ser tantos objetos de un interés para mí hasta entonces desconocidos como se me ofrecían. Y así que de un solo salto, y hasta sin tener conciencia de ello, negué todo mi pasado y eché por tierra todos los planes que ese mismo pasado hiciera nacer. Esto no había sido en verdad, hasta allí, más que una broma, y en cuanto á la vida misma, no había empezado aún; pero en cuanto á la verdadera, era aquella. ¿Y que será en el porvenir,—me preguntaba.—Los quebraderos de cabeza, los comienzos del aburrimiento que me perseguían en el campo, desaparecieron de pronto y como por encanto. El amor que profesaba á mi marido se hizo más tranquilo; y por otra parte, en aquel nuevo ambiente en que me movía, no se me ocurrió nunca la idea de que me pudiese amar menos. Y, en efecto, no podía dudar de ese amor, por que en el acto comprendía todos y cada uno de mis pensamientos, participaba de mis sentimientos y realizaba mis deseos. Habíase des-

vanecido allí su inalterable serenidad, ó bien era de tal naturaleza, que no me causaba los mismos enojos. Comprendía que al lado del antiguo amor, que nunca dejó de profesarme, experimentaba á mi lado otro encanto. Con frecuencia, después de marcharse una visita, después de hacer algún nuevo conocimiento ó al terminar una reunión, temiendo en mi fuero interno haber cometido alguna indiscreción ó falta al desempeñar mi papel de dueña de la casa, solía decirme:

—¡Vamos! ¡Muy bien! ¡bravo! ¡Ten valor, que esto marcha muy bien!

Estaba asombrada de lo que veía y oía.

Al poco tiempo de llegar, escribió á su madre, y cuando me invitó á que añadiera algunas líneas, no quiso dejarme ver lo que enviaba á decir; lo que quise, naturalmente, averiguar y leí lo siguiente: «No reconoceriais á Katia,—había escrito,—y ni yo mismo la conozco. ¿En dónde adquirió esa encantadora y graciosa seguridad, *esa afabilidad*, hasta ese trato social y ese aire tan amable? Y todo esto

lo hace tan sencillamente, con tanta gentileza como bondad. A todo el mundo admira y encanta, y en cuanto á mí no me canso de admirarla y, á ser esto posible, creo que la amaría aún mucho más.

«¡He aquí lo que soy!» pensé y esto me produjo tanta alegría y me hizo tanto bien que me pareció que la amaba aún más. El éxito que logré ante todos nuestros conocidos fué una cosa absolutamente inesperada para mí. En unos lados me decían que había agrada- do mucho á mi tío; en otros, que era mi tía la que no sabía donde ponerme; alguno me decía que no había mujer que me igualase en San Petersburgo y alguien llegó á asegurár que no dependía más que de mí el ser la señora más buscada y apreciada en la sociedad. Entre las personas que más me halagaban descollaba una prima de mi marido, la princesa X***, mujer del gran mundo, que no era muy joven y que habiéndome hecho simpática de pronto para ella, me prodigó los cumplimientos más halagüeños y los más apropósito para trastor-

narme la cabeza. Cuando, por vez primera, aquella pariente me propuso que fuese á un baile y manifestó su deseo á mi esposo, éste se volvió hacia mí sonriendo imperceptible- mente, no sin malicia y me preguntó si quería ir. Incliné la cabeza haciendo un signo de asentimiento y me puse muy encarnada.

—Se diría que se trata de una criminal que confiesa que es aquello que codiciabas—observó echándose s reir bondadosamente.

—Me dijistes que no nos convenía frecuen- tar mucho la sociedad y que no te gustaría,— repliqué sonriendo también y dirigiéndole una mirada suplicante.

—Si realmente lo deseas, iremos.

—Vale más que no vayamos.

—Pero ¿qué es de veras que tienes ganas de ir?—repitió y no le contesté.

—Frecuentar la sociedad no es en sí un gran mal,—siguió diciendo;—lo que es malo, ó mal- sano son las aspiraciones mundanas no satis- fechas. Indudablemente conviene que vayamos é iremos,—añadió sin vacilar nada.

—Si te he decir la verdad, confieso que realmente tengo grandísimo deseo de ir á ese baile.

Fuimos al baile y el placer que experimenté excedió en mucho á cuanto había esperado. En el baile, más que en ninguna otra parte, me pareció que yo era el centro al rededor del que se movía todo; que solo por mí se había iluminado aquel salón, tocaba la música y congregaba toda aquella concurrencia que se extasiaba en mi presencia. Todos, empezando por el peluquero y la doncella que estaban en el tocador, hasta los bailarines y hasta los más ancianos que se paseaban por los salones, figurábaseme que me decían, ó que, al menos, me lo daban á entender, que estaban locos por mí. La impresión general que produje en ese baile, y que más tarde me comunicó mi prima, se resumía diciendo que no me asemejaba en nada á las demás mujeres y que se veía en mí algo especial, peculiar mío, que recordaba la sencillez y el encanto del campo. Semejante éxito me envaneció de tal manera, que confesé

con toda franqueza á mi marido cuánto deseaba asistir, en lo que quedaba de invierno, á dos ó tres bailes más, «y esto, añadí, hablando un poco contra mi conciencia, con objeto de hartarme de una vez.»

Con muy buena voluntad accedió á ello mi marido, y hasta me acompañó, al principio con alegría, muy satisfecho con mis éxitos y olvidando completamente, al menos así lo parecía, y no haciendo caso de lo que en otro tiempo estableciera en principio. Más adelante empezó á aburrirse y á cansarse de la clase de vida que llevábamos; pero esto no era, sin embargo, bastante claro á mis ojos, porque, si bien notaba la grave mirada que me dirigía algunas veces, no comprendíase el significado que tenía. De tal manera me desvanecía aquel amor que imaginaba yo haber despertado de pronto en tantos extraños; de tal modo me embelesaba aquel perfume de elegancia, de placer y de novedad, que aspiraba allí por primera vez, que la influencia moral de mi marido, que hasta entonces me había como aplas-

tado, se desvaneció de pronto; me agradaba tanto y tanto, no sólo caminar en este mundo á la par de él, sino hasta sentirme colocada más elevada que él para en seguida amarle con más fuerza é independencia que antes, que no acertaba á comprender que fuese con poca satisfacción como Sergio me veía gozar de aquella vida mundana.

Experimentaba en mi fuero interno nuevos sentimientos de orgullo y de íntima satisfacción, cuando al entrar en un baile observaba que todas las miradas se fijaban en mí, y que mi marido, como si tuviese cargo de conciencia al hacer gala de sus derechos de posesión sobre mi persona, se apresuraba á abandonarme y se confundía entre los grupos formados por los fracs negros. «¡Espera!» —pensaba yo con frecuencia buscando con la mirada en el fondo del salón su rostro casi desapercibido y á veces semi enojado,—espera, que cuando volvamos á casa, ya te diré y verás por quién quise aparecer tan bella y elegante, y sabrás á quien amo por cima de todos cuantos me ro-

deaban esta noche.» Y, lo digo sinceramente, me parecía que mis éxitos me regocijaban por él, y también porque me permitían sacrificarlos á él solo. Una sola cosa pensaba, podía ofrecerme peligros en aquella vida mundana; ese peligro consistía en que uno de los que trataba en las reuniones y bailes, se prendase de mí, y que Sergio tuviese entonces celos; pero ara tanta la confianza que tenía en mí, parecía tan tranquilo é indiferente, y todos aquellos jóvenes me parecían, comparándolos con él, otras tantas nulidades, que ese peligro, el único que, á mi modo de ver, podría ofrecerme aquella vida mandana, no me asustaba en modo alguno. Y, á pesar de todo, producíame una satisfacción tan grande y de amor propio que hacía que encontrase que en el mismo amor que profesaba á mi marido se encerraba bastante mérito, al mismo tiempo que daba á mis relaciones con él seguridad más grande y algo como más libertad para hacer ó dejar de hacer.

—Observé que conversabas de una manera

muy afectuosa con NN,—le dije una madrugada al volver de un baile, amenazándole con el dedo y nombrándole á una de las señoras más conocidas de San Petersburgo, con la que, en efecto, había estado hablando aquella noche. Quería molestarle un poco, porque, precisamente en aquel instante, estaba muy callado y como meditabundo y enojado.

—¡Ah! ¿Y por qué me dices semejante cosa? ¡Y qué es lo que dices, Katia!—exclamó apretando los labios y frunciendo el entrecejo lo mismo que si en aquel momento sufriese un fuerte dolor físico.—Eso no está bien por tu parte y tratándose de mi. Deja esas conversaciones para otras personas y no para nosotros, pues podríae alterar completamente la buena inteligencia tan necesaria, y confío en que ésta volverá á ser lo que antes.

Estas palabras me confundieron y me quedé silenciosa.

—¿Volverá á aparecer? ¿Qué te parece Katia, á tí?—me preguntó.

—No se alteró esa buena inteligencia ni se

alterará jamás,—dije, y efectivamente, entonces estaba convencida de que era así.

—¡Que Dios lo haga!—añadió.—Ahora ya es tiempo de que volvamos á casa.

Fue esta, sin embargo, la única vez que me habló así, y el resto del tiempo me pareció que todo marchaba tan bien para él como para mí; ¡y yo estaba tan alegre! ¡tan satisfecha! Si alguna vez Sergio llegaba á aburrirse ó cansarse, pronto me consolaba pensando que durante mucho tiempo, y por complacerle, me había yo aburrido en el campo; y si nuestras relaciones habían sufrido algún cambio, figurábase que recobrarían su encanto cuando al llegar al verano nos encontrásemos á solas en nuestra casa de Nikolski. De ese modo pasó todo el invierno, sin que yo me diese cuenta de ello y, no obstante todos los planes formados, permanecíamos en San Peterburgo durante las Pascuas. El domingo siguiente, cuando íbamos á emprender el viaje, todo estaba empaquetado, y mi marido, que había termi-

nado la compra de todos los regalos, flores y cuanto nos hacía falta en el campo, se mostró en estado de ánimo más favorable, parecía más amable y alegre. En eso estábamos cuando se presentó inopinadamente nuestra prima á visitarnos y á pedirnos que aplazásemos nuestro viaje hasta el sábado, con objeto de poder asistir á un té que daba la condesa R***, Me dijo que ésta me había invitado varias veces y que el príncipe M***, que á la sazón se halla en San Petersburgo, había manifestado en uno de los últimos bailes que tenía grandes deseos de conocerme, y que con ese objeto asistiría al té, y que decía en todas partes que yo era la mujer más linda de Rusia. Al té debía asistir lo más importante y conocido de la capital, pero la reunión estaría incompleta si yo no concurría. Mi marido, entre tanto, se hallaba al otro extremo del salón hablando con no sé quién.

—De manera, que supongo que contamos con vos, Katia,—me dijo mi prima.

—Queríamos marcharnos pasado mañana al

campo,—respondí vacilando y mirando hacia donde estaba mi marido, y al cruzarse sus miradas con las mías, se volvió con mucha viveza.

—Le convenceré para que os quedéis,—siguió diciendo mi prima,—y el sábado iremos á hacer que se enloquezcan las cabezas, ¿no es así?

—Eso trastorna nuestros planes, porque ya lo tenemos todo recogido,—respondí empezando á convencerme.

—Sería mucho mejor que aquella misma noche fuese Katia á hacer su reverencia al príncipe,—dijo entonces mi marido desde el otro extremo de la sala y con un acento tan irritado y tan categórico como no lo había oído nunca.

—¡Vamos! Parece que se vuelve celoso; pues es la primera vez que le veo así,—observó mi prima con alguna ironía.—No se trata sólo del príncipe, querido Sergio, sino de todos nosotros, y en ese concepto es como la invita la condesa de R***.